



LIBROS

Crítica y notas

RODÓ EN SUS PAPELES

A propósito de la exposición

I. Rodó siempre guardó un gran silencio sobre su intimidad. Pudo ser herencia parnasiana, o un orgánico pudor — nunca vencido por la publicación reiterada — o también su evidente distanciamiento de las formas literarias confidenciales. Creía en la obra de arte como objetivadora del existir, en una Belleza que levantara y cuajara, sin temblores, la anécdota vital.

La consecuencia es una sola: sabemos poco sobre su persona.

Pero si nada nos dijo, se dijo mucho. Como ensimismado, como solitario, era dado al examen de conciencia y a la auto-confesión (1). E Ibáñez afirma la "actitud testamentaria" de Rodó, su inacabable declararse a las generacio-

nes posteriores. Anotó sus actos, documentó hasta el detalle su vida y sus relaciones. Y lo conservó todo.

En algún ensayo del tiempo de "Le Songe", Henry de Montherlant hizo el elogio de la quema. Se refería a una necesaria liberación de las cosas que nos rodean, a un desprenderse de ese lastre testimonial y archivero que la vida va segregando inconcientemente en nuestro torno, y que nos ata y nos abrumba.

Este "eterno recomenzar", esta romper el alma amarras con sus objetos, Rodó lo intentó alguna vez: ¿qué fué si no la tenaz ilusión del viaje? No lo acompañó, por suerte, de esos autos de fe — de fe palingenésica — que el autor de "Les Bestiaires" defiende. Enmarañados, descuidados, los papeles que custodian la casi totalidad de su paso estaban esperando el denodado afán investigador que se decidiera a hacerlos inteligibles. Y por eso hoy, mediante un curso feliz de esfuerzos, conocemos a Rodó en lo suyo, le tenemos en la diversísima materia de su cotidiano leer, meditar, preparar, contestar y crear.

II. En dos notas de "Marcha" — excelentes, como todas las suyas, — Emir Rodríguez Monegal ha reseñado puntualmente la organización y las más notables particularidades de esta Exposición Rodó.

El inmenso legado documental, custodiado primero por los hermanos del escritor y después por la Biblioteca Nacional, fué ordenado por Roberto Ibáñez y un núcleo de colaboradores eficientes. Una selección inteligente de él, una verdadera antología del Rodó íntimo y público es lo que se mostró durante casi un mes, en el marco digno de Solís.

El catálogo es ya un inexcusable instrumento de trabajo para todo el que escriba sobre el asunto. Su ampliación, su complemento: "Imagen documental de Rodó" que Ibáñez publicará, con los auspicios del Ministerio de Instrucción Pública, zanjará definitivamente muchas cuestiones que la forzosa limitación del material exhibido suscita sin resolver. (Y cuando se congrega en París una exposición Proust sin catálogo, no deben abundar por el mundo parangones para la lúcida diligencia del profesor uruguayo).

Ibáñez ha juntado dos calidades habitualmente enemigas: la precisión archivera y paleográfica con la aptitud estética e interpretativa, flanqueadas ambas por una simpatía directísima al hombre Rodó, aunque sin entregas ni debilidades por la suficiencia convencional de la figura.

La papelería rodoniana fué dividida primitivamente (E. Rodríguez Monegal: "Hacia un nuevo Rodó", "Marcha", 16-8-46) en: a) Manuscritos de Rodó: según su naturaleza, según el grado de composición a que responden, según el destino que corrieran, y según el estado de conservación; b) documentos de Rodó o sobre Rodó; c) manuscritos de valor literario o histórico dirigidos a Rodó.

En la exposición (370 piezas), se ordena en otra forma:

A) "Distribución metódica" (series, grupos y colecciones): I) Manuscritos: I — de carácter literario (los que sirvieron de fuente a obras publicadas; los que sirvieron de fuente a trabajos sueltos; los que sirvieron de fuente a trabajos inéditos); II — de carácter político; III — de carácter periodístico; IV — de carácter didáctico; V — de valor literario indiferente; VI — de carácter autobiográfico (páginas del archivo literario personal y páginas de carácter íntimo: apuntes de adolescencia, diarios y memorias),

2) Correspondencia enviada y recibida (cartas de Unamuno, Lugones, Chocano, Blanco Fombona, Miró, Alas, Darío, Nerro, Valera, Sanín Cano, Gómez Carrillo, Juan Ramón Jiménez, Varona, Marzall, Zorrilla, Herrera y Reissig, Ingenieros, Reyes, Rueda, Quiroga, Palma, José Eustasio Rivera, Rojas, Paul Fort, Guen de los Ríos, Alfonso Reyes, Juan F. Piquet, Javier de Viana, González Martínez, Supervielle, Menéndez Pidal, Blasco Ibáñez, Villalpessa, Henríquez Ureña, Alfredo Palacios, F. García Calderón y Guido Spano).

3) Impresos (ediciones, traducciones, diversas etapas del proceso de impresión: galatas y pruebas de página): I — en vida de Rodó; II — posteriores a su muerte; III — traducciones; IV — obras de la biblioteca de Rodó; V — páginas sueltas.

4) Documentos personales y familiares.

5) Testimonios.

B) "Coordinación temática", y C) "Indagación estilística", fueron realizadas en esta muestra en torno de "Ariel", pero son susceptibles de largo ejemplo ulterior. Sobre "Ariel" se convocaron textos muy diversos, desde el plan primitivo, turbante y muy ambicioso hasta los originales avanzados y finales; desde el lento proceso de una imagen: "la sombra de un compás tendiéndose sobre la esterilidad de la arena" hasta la publicación, el éxito, las reimpressiones, los juicios, las traducciones.

Se han reintegrado a su texto auténtico, muchas páginas maltratadas en las ediciones españolas y uruguayas; con el material que Rodó no preparó en forma definitiva, han sido salvadas, para futuras publicaciones, ciertas prisas de buena intención de los que no pudieron maniobrar con todos los papeles hoy arreglados. Ibáñez ha reordenado todo el material del "Ciclo de Proteo", reagrupando lo titulado como "Nuevos Motivos" y "Últimos Motivos"; sostiene que se puede hablar aún de unos "Novísimos". Su fe en la minucia testimonial de Rodó, ante la ausencia de constancias, le lleva a desmentir la difundida versión de la pérdida en Europa de unos "Nuevos Motivos" ya concluidos y prontos para la publicación.

El epistolario reunido es valioso; algunas cartas son reveladores retratos, de brevísimo trazo, implacablemente iluminados. Una de Salvador Rueda, lleno de envidia ante el estudio dedicado a Darío, desmesurado en sus elogios; la de Javier de Viana, elegíaca, en tono menor; las de Rubén, dispensador y suficiente; otra de Reyes, exigente, señorial; la de Enrique Gómez Carrillo, agresivo, torcido; la de Paul Fort... solicitándole una suscripción; las de Alfonso Reyes, claras, filiales; una de Unamuno, arremetiéndole contra Francia, el racionalismo y "lo latino", a propósito de "Ariel".

Mucho hay enternecedor, pintoresco, ilustrativo. Sabemos ahora que Rodó atendía con cuidado a la publicidad, tan primitiva, de sus obras; que llevaba registros de correspondencia despachada y recibida; que recogía voces y expresiones en los clásicos castellanos; que pegaba recortes de periódico sobre libros inútiles; que retiró personalmente trescientos dieciséis ejemplares de los quinientos de la primera edición de "Rubén Darío", doscientos setenta y ocho de los setecientos de la primera de "Ariel".

Vemos la cara hermosísima de la madre, Rosario Piñeiro; vemos el documento —ridículo, patético— de una sociedad que Rodó formara en 1897 para explotar y comercializar la yerba mate, y a la que él, socio capitalista aportaría todo su activo: ¡quinientos pesos fuertes! Vemos el instrumento privado en el que José María Serrano le asegura seiscientos pesos por "Motivos de Proteo"; vemos la epílogal ficha 119 —el "diario de la enfermedad"— con las últimas palabras que escribió Rodó, anotando —el pormenor hasta el fin— "un té", y una serpeada línea descendente.

Asombra la compleja organización de esa vida y de esa obra, el afán contable con que todo lo apuntó y guardó. Aquella existencia semibohemia estaba rigurosamente planificada. Parecía conocer el consejo que en tal sentido daba Goethe— y que Robert D'Harcourt recoge (2) — a las personas inclinadas al desarreglo. No conoció, y en su época era lo normal, salvo para los investigadores profesionales, una precisa "organización del trabajo intelectual". Pero se acercó a tientas a ella.

III. Ante el héroe, el santo y el fundador, Plutarco y San Juan son siempre actuales. Para esta biografía ejemplar, para esta biografía arquetípica, pueden significar poco los entresijos del alma en que se fraguan móviles e

impulsos: lo que importa es promover a la emulación y a la disponibilidad y al afán de gloria, su luminoso resultado.

La inclinación legítima por tal manera, nos serviría para no enojarnos demasiado con cierta actitud que tiende a encontrar innecesarias muestras como la presente, para los que hablan de una violación inaceptable de lo íntimo.

Pero distingamos. Rodó no pertenecía a ninguno de los tipos enumerados recién. Era antes que nada y entrañablemente "un intelectual". Sin suficiencia, sin invocar inmunidades e irresponsabilidades suplementarias, sin ese lastre peyorativo y ególatra que la atribución, y sobre todo, la auto-atribución de intelectual, implica. La intimidad de Rodó, el Rodó en pantuflas, no desmerece en nada esa constante calidad de lección que la obra buscó. Fue concentrado, bueno, dolido y sin quejas. Ibáñez sostiene con verdad que "los documentos y originales que Rodó quiso legar, deparan su imagen cierta: más humana, de ningún modo menos pura que la ojeada hasta hoy."

IV. Esta imagen, esta confesión ¿modifican al Rodó anterior, al que conocíamos?

¿"Un nuevo Rodó", o un "Rodó más completo"?

Al cabo, pudiera tratarse de una querrela de palabras, pero para ver si lo es, resulta precisa una brevísima revista de las alternativas de su suerte y aprecio.

Con posterioridad a la muerte (tuvo la desgracia de terminar solo y en la lejanía espectacular de un semidestierro), la apoteosis a cuerpo tibio, la desmesura necrológica —ese típico rasgo nacional que traduce tantas veces mala conciencia— hizo pasto de su nombre. El volumen editado por el Centro de Estudiantes "Ariel", en 1920, es un muestrario calamitoso de aquel momento. (Aunque algunos trabajos, como el de Luisa Luisi, al que debe sumarse un pequeño ensayo de Centura García Calderón y el libro, aún válido, de Gonzalo Zaldumbide, ya guardan una decorosa y reflexiva medida).

Tal prisa frustró, en el caso presente, esa larga, esa nocturna etapa de silencio e inmediato descuido, que nos restituye tantas obras y autores con estatura y faz diferentes —mejor o peor, menor o mayor, poco importa— a las que su precisa contemporaneidad les había dado.

Encogido, incómodo, a horcajadas del bronce, Rodó pasa a integrar nuestra trinidad de glorias oficiales, con Zorrilla de San Martín, el poeta, y Vaz Ferreira, el filósofo. La "reforma universitaria" se realiza alrededor de ese Centro que llevó el nombre de "Ariel"; los núcleos conservadores y antiestatistas lo reclaman como suyo por su oposición al batllismo; Dardo Regules y Gustavo Gallinal anexas a su espíritu la corriente intelectual, bastante corta, de nuestro catolicismo.

Después de esa hora entusiasta, la crítica, un poco forzosamente, debió asumir un estilo de reticencia y un sistemático operar la resta, porque la exaltación anterior se lo había asignado todo a Rodó: todas las suscitaciones, todos los planteamientos, todas las respuestas.

Hacia el primer Centenario, cuando Arturo Searone recoge en su "Bibliografía" el anchísimo eco de Rodó, el "Proceso Intelectual del Uruguay", de Alberto Zum Felde, anuncia, con discreción, los nuevos vientos contrarios.

Se insistirá, por unos, en la carencia de un claro planteo económico, social e histórico. Se mencionan el carácter aristocrático del rodonismo, su ignorancia de la lucha de clases y de razas. Se dice que no hay en él incitaciones a la acción ni a la rebeldía, que su idealismo es un idealismo desenraizado y apoltronado de oligarca. Su adhesión al "imprescriptible elemento aristocrático" en las democracias, su posible inserción en la línea Renán—Pareto—Oriani, sirven para filiarlo en corrientes que él no previó y que hubiera rechazado sin una duda. Olvidando muchas páginas, se niega a su obra sabor testimonial de la vida americana: en ella no duelen el indio caído, el imperialismo, las democracias mestizas y precarias. Se sostiene que su enfrentamiento a Estados Unidos desconoció las tensiones del poder y el peso de lo material, que su visión del antagonista fué precaria y falsa.

La revista del "Centro Ariel", algunos artículos en "Acción" de Quijano, y Luis Alberto Sánchez, pontífice intelectual del aprismo, ordenan esta postura. El crítico peruano, que habla del "optimismo medicinal" de Rodó, elabora el tópico del "arielismo", sinónimo de un idealismo difuso y conformista, desentendido del dolor circundante y mentalidad de oligarquía ascendente. Pero la más significativa cifra de esta actitud es el trabajo de otro peruano, Andrés Townsend Ezcurra, que mereció el primer premio en un concurso convocado por William Berrien entre la juventud hispanoamericana en 1936. (3)

José Pereira Rodríguez (4) replicó con textos las afirmaciones recogidas por Townsend. Lo hizo con éxito, pero es difícilmente discutible que Rodó no pasó casi nunca de una tibia constancia, escasamente reiterada, de los temas e incitaciones aludidas, y que puso en otra parte su ardor y su desvelo.

Quedaría, naturalmente, por aclarar si no cabe en América otro pensamiento más intemporal y menos combatiente que el de Martí, o Sarmiento, o Montalvo, o González Prada. Quedaría, también, el bostezo ante ese cartabón de insuficiencias atribuidas a Rodó, y junto con él a tantos otros, capítulo de pretensiones genéricamente establecido y aplicado mecánicamente a todo pensamiento que no cumple lo que cierta perspectiva considera indispensable para la vitalidad u honradez de un mensaje.

Otros opondrán tachas más fundamentales. Son la general vaguedad de su metafísica y de su ética, la imprecisa conexión de sus ideales, su falta de inserción en un núcleo ontológico común. Su culto a la persona parece de una fragilidad que ignora la intemperie; escasamente astuta, escasamente armada, escasamente heroica, la doctrina de la búsqueda y realización individuales (estuvo obsesionado por la vocación y no por el destino), entre tantas ortodoxias maeizas y erizadas, frente a las cuales su eclecticismo y su "tolerancia" concluyen siendo pura abdicación y renuncia al trágico elegir.

Los "ideales" resultan muchas veces sólo verbal, literaria, precariamente armonizados; están "asociados", no "integrados". Término medio religioso, filosófico y político: racionalismo - helenismo - cristianismo, aristocracia - democracia, se juntan mediante la treta ecléctica. Se hace notar la falta de un inmediato sentido de la vida y de soluciones sólidas y accesibles al hombre común.

Muchos antiguos panegiristas llegarán a estas conclusiones. Dardo Regules refleja en su prólogo a "Los Últimos Motivos de Proteo" una posición defensiva (1932). Lo mismo Gallinal, más nostálgico y desencantado, en "La Nación" de Buenos Aires. Couture, José G. Antuña en "El Nuevo Acento", Héctor Villagrán marcan, por esos años, la desilusión de diferentes familias espirituales.

Su estilo, marmóreo, puro, deja de parecer un arquetipo de perfección. Se objeta su infaltable tersura, su sostenido tono de predicación, su párrafo excesivamente trabajado, su ondulación y longitud.

Después de esta ola de disfavor, una posición más equitativa empieza a

abrirse paso. Ya puede hablarse de una "tercera etapa", que despidió a las generalizaciones fáciles: los primero, negaciones más tarde, para no legitimar ningún juicio que no esté construido sobre el puntual conocimiento. Se investiga y publica. Se organiza el Archivo. Comienza la aparición, demasiado parsimoniosa, de las "Obras Completas". El primer tomo (1945) contiene los escritos de la "Revista Nacional de Literatura", de 1892 al 95. Tiene un solvente prólogo de José Pedro Segundo, donde el ensayista joven es colocado con precisión en las grandes corrientes críticas del siglo XIX. Al margen de las O. C., "Ariel" se redita con aclarador proemio de Juan Carlos Gómez Haedo.

Esta posición prescinde de todo lo que Rodó no es, de todo lo que Rodó no concede. Busca en él sus incitaciones más actuales: América, Personalismo Heroico, y las desbroza de lo mucho inexorablemente caedizo, fenecido, del ámbito intelectual de aquel tiempo (5). Reconoce que su sentido de la encarnación histórica no fué bastante lúcido ni arraigado, que nunca abandonó cierta miopía para lo telúrico, para lo económico-social, para lo inconsciente y lo demoníaco; que nos dió una versión demasiado periférica y luminosa del alma. (6)

Accepta que no fué un filósofo sistemático o asistemático, profundo, digno de ese nombre. "Pensador", "meditador", "escritor de ideas", se le concede por unos u otros, sin pedirle lo que nunca pudo dar.

Se descarta su insostenible originalidad, su innecesaria "originalidad americana". Emilio Oribe reitera con energía el todavía necesario origen europeo de las corrientes especulativas y de la renovación de formas y técnicas.

Para el mismo Oribe (7) "su blancor... es una gran doctrina humanista, en plena América embrionaria, afirmándose en la milagrosa voluntad que anida en la personalidad... una paideia de estirpe genuina en medio de una sociedad incipiente, convulsionada e indecisa". Concorde con su perspectiva, cree que "la cosmovisión helénica", el sabor griego, órfico y platónico y apolíneo es lo más entrañable y perenne de Rodó, junto al culto de la inteligencia fundido con las experiencias históricas y la pasión de la Belleza.

Ibáñez exalta "la dramática voluntad de forma" y "la apasionada disciplina profética", resultado de la búsqueda vía intermedia "entre la torre de marfil y el adoctrinamiento del coro humano"; el culto de la personalidad; su acendrado sentimiento de América; "el humanismo eterno"; su calidad de maestro con sus insitos dones; "el amor, la tolerancia, el optimismo heroico,

la gracia, el poder y el pudor de la palabra, la pasión y la persecución de la verdad". (8)

Para Luis Gil Salguero (9) el pensamiento de Rodó se entronca en el hilo filosófico personalista, que sigue al criticismo (y arranca de él), que precede al evolucionismo y al positivismo, que rebrota en Emerson y Carlyle y sobre todo en Kierkegaard. "La idea de la personalidad —la dicha suprema de los hijos de la tierra— es el centro delicado, el pensamiento verdaderamente original de Rodó" (10). Encuentra así numerosos puntos de contacto entre la doctrina de nuestro autor y un personalismo que fragua mejor que en parte alguna en la figura scheleriana de "el héroe" y en la diferencia entre "individuo" y "persona", que —tan maltratada y utilizada por las políticas entre las dos guerras— enuncia inmejorablemente el personalismo francés (vgr. el "Manifeste" de Mounier).

Todas las delicadas notaciones de la persona son registradas en Rodó por el profesor uruguayo: autenticidad y originalidad, renovación y palingenesis infinita, soledad, apertura al misterio, "cierta indigencia ontológica", trascendencia, desborde, encarnación histórica, comunión, tensión valorativa e ideal, amor, heroísmo, vocación, llamado, amor...

En su estilo difícil, impreciso —que tal vez pudiera compararse a un temblor friolento, amoroso, extático ante la vida, la libertad, los valores— Gil Salguero divulga esta nueva y taraceada versión.

Quedará para la futura indagación, establecer hasta donde estos matices pueden dibujar una real filosofía de la personalidad, hasta donde engranan, fuera de la ordenación externa de las páginas de un Ideario, con ese borroso *schema mundi* hecho de panteísmo, evolucionismo, realismo, idealismo y filosofía de la vida. (11)

Faltará precisar si se realizan en él, las aventuras más exquisitas del trascenderse; si la sustantividad, la subsistencia, no se escapan por el terso palabreo y el abundoso despliegue; si una postiza seguridad, si una posec magistral demasiado constante no cierran esta personalidad a las inflexiones de lo abismal, al llamado y sentimiento de "lo oceánico" (Koestler), o de esa "noche sinfónica" a la que él prefirió "la noche estatuaria"; si ese compromiso y encarnación de la persona en la acción, fué sentida por él hasta un quemarse, un romperse, hasta ese abnegarse en una entrega que es la gran realización, la gran victoria.

Deberá aclararse si esa "indigencia ontológica", que el mismo G.S. reco-

ge de observaciones de Gabriel Marcel, no fué viciosamente superada por el consuetudinario orgullo del humanismo renacentista que tantas páginas de "Motivos de Proteo" se limitan a orquestar, maravillosamente desde luego; si la necesaria y creadora tensión soledad-comunidad pudo polarizar su viva energía entre las arideces de la confianza racionalista y de su atomismo social.

Reconocemos con Gil Salguero que es difícil saber "hasta donde el pensamiento de un autor posee a ese autor", pero suponemos con respeto que resulta problemático conocer por hoy —y por siempre!—, si ese personalismo heroico es fiel a las más constantes recorridas, elevaciones, y gravedades del pensamiento rodoniano.

V. Tal es, en tres planos muy esquemáticos, el curso de la valoración de Rodó. El segundo aún no se ha borrado, el tercero es por ahora indeciso.

La Exposición viene a agregarse a ellos, modificando algunos rasgos de la figura humana del autor.

La vida amorosa. A la suspicacia moderna se le hacía arduo creer que toda la vida erótica de J.E.R. pudiera reducirse al soneto a la bailarina Lola Millanes y a la noche que pasó sentado en el cordón de una vereda. ¡Un tímido!, ¡un sublimado! Ibáñez ha penetrado con seguridad y tacto grandísimo en este decisivo sector de su intimidad, y su resultado son dos nombres: Luisa, el amor de la adolescencia, Marta, el de la madurez. Claro que esta nómina, tan angosta, tan platónica pudiera no satisfacer a esos biógrafos acostumbrados a trabajar con los largos roles de Byron o de Lope. Pero, además de los nombres, existieron las anónimas. También Italia fué para Rodó como lo fué para Goethe, y mucho más radicalmente, la gozosa revelación de la felicidad de los sentidos, el espolazo, demasiado tardío, agrio, erepuscular, de una energía que su vida claustral había dejado sin empleo.

La cultura filosófica. Dominaba la idea general de que Rodó no había pasado nunca del positivismo en sus epígonos, de los psicólogos franceses de principios de siglo, y de los "pensadores filosóficos" que tanto rimaban con su espíritu: Taine, Carlyle, Guyau, Renán. Zum Felde dice que en metafísica "no pasó de Spencer" y es evidente que no fué un lector de primera mano de los clásicos, de los grandes de la Filosofía.

Pero el material preparatorio de "Motivos de Proteo" testimonia que la curiosidad de Rodó fué más allá de lo que se pensaba. Bergson y Paulhan no le eran extraños. Regules ya toca el tema, respondiendo a Colmo, en el prólogo a "Los Últimos Motivos de Proteo", y nos hemos referido a sus contactos anotados por Gil Salguero, con la filosofía de la personalidad (aunque la difusión de ésta es posterior a la primera guerra mundial).

"*La gesta de la forma*". Conocíamos por la tradición y por el propio Rodó, en su página famosa sobre Flaubert, la agónica pugna por la expresión que fué su obra. Ahora tenemos esa pugna ante nuestros ojos. Vemos cada párrafo levantándose, creciendo, madurando sobre un mundo de tanteos, de borradores, de material preparatorio. Se trata de una labor asombrosa, lentísima e inconcebible, y que está perfectamente ejemplificada en algunos fragmentos exhibidos. (Sólo faltaría el puño de la camisa, en el que, según Pérez Petit (12) el estilista de "Ariel" anotaba en la calle sus repentinos hallazgos).

Vale anotar, al margen, que Rodó no era especialmente feliz, acertado, gracioso ni agudo en sus primeras redacciones, en sus confidencias, en sus memorias y cartas; que Cultura llevó aquí largamente la delantera a Naturaleza.

Ninguna obra como "Motivos de Proteo" tuvo parto más laborioso. Amontonó previamente una cantidad portentosa de materiales: resúmenes de libros, anécdotas, frases y reflexiones, con las que iba llenando cuadernos que titulaba variablemente por sus características externas o por su contenido: "Azulejo", "Garibaldino", "Hartmaniano", "Disciplinario". Pero aún sobre cada trozo dibujaba una marca con lápiz de color: una línea oblicua con puntos a sus flancos, una elipse que enrolaba cada uno en un tema determinado: "Carácter", "Destino".

La crítica. El escritor, que en los inicios de su carrera —pero ya en 1895 —todavía elogiaba los subproductos decadentes del romanticismo español y sudamericano (Balart, Núñez de Arce, Guido y Spano, Ricardo Gutiérrez) se prolongó en aquel amigo condescendiente que se prestaba al pedido conminatorio de Reyles: "más elogios"; en aquel prologuista, apenas elusivo, de algunos libros mediocres.

Porque es lo cierto que después de "Rubén Darío" la esplendorosa facul-

tad crítica parece ponerse en su espíritu. El hombre que se carteo y trató con lo más exquisito y actuante de la inteligencia de su tiempo (véase si no la lista de sus corresponsales), soslayó en su labor casi todo lo posterior a 1910, glosando, cuando lo hacía, figuras como la de Stechetti...

La razón, si no explícita, resulta ahora, por lo menos, clara. "El magisterio moral" desplazó — sin huecos, *sine die* — al "magisterio estético", "el pensador de América y de la personalidad", al mostrador de la Belleza. (Incluso el "Montalvo", que tiene sus pies en los dos ámbitos, se aloja más decididamente en el primero).

La dualidad dolorosa. — No fué marmóreo, ni sereno, ni feliz. Así lo creíamos, aunque la convicción provenía más bien de las simplificaciones oficiales o de críticos despistados por la apacibilidad lujosa de su estilo, que de una lectura atenta de su biógrafo más autorizado, Pérez Petit.

Pensábamos en el trámite opaco del solterón, hijo de familia, con cosas de hidalgo de aldea y con casa, comida y ropa aseguradas; en los largos paseos de la alta figura sonámbula; en las revanchas luminosas de la vida interior.

Sabíamos, eso sí, que en la vida de Rodó no todas fueron flores, conocíamos las amarguras de su vida política, su postergación ante la obsecuencia medioerfísima, su choque — irremediable — con la persona, la disciplina y el dogma.

No sospechábamos, sin embargo, hasta qué grado esta vida había sido oscura, dolorosa, torturada, insegura. La penuria económica le rondó hasta la sordidez. Los usureros le asediaron durante años (1905-1916 según Ibáñez, y Pérez Petit alude al hecho). (13) Llegó a carecer de lo más necesario; en ocasiones, a no tener para el café o unos zapatos decentes.

Desde que la dualidad se hace cabal, la huída, el viaje, le obsesionan. Pero no se entrega. Callado, dignísimo, luchó bravamente contra todo. Transité los mundos del sufrimiento. El dolor es uno de los temas cardinales de "Los Últimos Motivos". Fué vencido — por lo menos enfrentado — con la consigna del "optimismo heroico".

Nuestro tiempo y su filosofía han forjado otras expresiones que se nos antojan más justas para este impávido empeño humano ante la desolación abismal del mundo. De cualquier manera, la raíz de la que esta actitud nace lo acerca íntimamente a nuestro corazón, lo levanta del chato conformismo

progresista de su marco y época. ¡Qué distinta imagen, este Rodó pobre y trémulo, a la del orondo modernista de Luis Alberto Sánchez!

Y al tiempo de la mediocridad futura, la resonancia mundial. Mantenia una relación constante con los grandes nombres de la literatura española e hispanoamericana. Era un ciudadano de excepción de una sociedad internacional que, como tantas, se quebró.

Precisemos: al lado, al costado de esa comunidad europea del Espíritu que ejemplificarían la vida trashumante y amparada de Rilke, el Romain Rolland anterior a 1914 y la evocación enternecida de Georges Duhamel en "Geographie Cordiale de l'Europe", había otra, la trasatlántica: española, americana, que todavía no había destruído la disidencia ideológica y la irrupción internacional de otras influencias.

VI. Reiteramos la pregunta: ¿cambia la entidad de la obra y su calificación y valores frente a las revelaciones de la Exposición? Porque es Rodó, hombre, presencia, tránsito, el mejor iluminado. Y ¿hasta dónde el personaje importa ante la creación presente y clausurada, ante el producto objetivado y socializado de Cultura?

En general, poco. La palabra es lo que sobrevive. Sus verdades o sus errores. En el caso del escritor de ideas, la recreación de la interioridad surge sólo *explícita*, muy rara vez ayuda a *calificar*.

En nuestro caso, nos hace menos duras ciertas zonas marmóreas, menos impecablemente áridas; nos muestra la angustia y el temblor que se vencieron en ellas. Acerca la obra y le asigna un creador mucho más humano, complejo y simpático de lo que suponíamos. Y finalmente la abre. Porque la muerte no interrumpe el crecimiento de un mensaje cuando hay en él — para nosotros — planos prolongables, valor germinal, desenvolvimientos pasajeramente frustrados.

Es una convicción que se robustece cada día: la línea de Rodó quedó cortada en el umbral de transmuciones decisivas: en la espera del "momento milenarico", en la duda religiosa y metafísica. (14)

Una de las críticas más graves, más lesivas que se le hacían: el rasgo estático de su producción, la invariabilidad del profeta del "reformarse es vivir", va a caer con esto. Hoy sabemos que hubo muchas puertas cegadas en su espíritu, muchos pastos jugosos y secretos que secaron la usura de la vida y de la gloria, y el forzoso final cuando una segunda madurez empezaba.

"América", "Heroísmo", "Personalidad" y "Dolor" con acepción más honda: nacen como, promesas las notas anunciadas por Gil y por Ibáñez.

Pero también subsisten su noble anhelo de no deshacer, su temor a la intemperie y a la demolición, su elegante pirueta ante lo abismal o frente al Ser; su renuncia ante esos dos extremos de "lo irracional" y "lo divino", entre los que — según Scheler, — es puente el hombre; los límites de su afinado vivir en lo humano: Razón, Historia, Belleza.

A una renovada visión del testimonio de "Ariel", de "Motivos de Proteo", de los ensayos americanos, toca entronizar "el nuevo Rodó". De este exactísimo Rodó, en carne y hueso, salen muchos caminos para ayudarlo.

CARLOS REAL DE AZÚA

NOTAS

(1) "Esta soledad activa (o simplemente la soledad) interrumpe nuestra vida de relación justamente para remozarla y refrescarla en las fuentes primarias de la persona viviente. Su condición esencial es el ensimismamiento... El ensimismamiento es el descenso dentro del alma, la exploración en busca de nuestro auténtico ser; o, como se dice en los finos términos de la religión, el examen de conciencia" Manuel García Morente: "Ensayo sobre la vida privada". "Ensayos" p. 192.

(2) Robert D'Harcourt: "Goethe et l'art de vivre". París, 1935.

(3) Querremos destacar la importancia de este certamen en el que —perdónese la alusión personal— obtuvimos el segundo puesto. Tuvo un jurado tan calificado como Pedro Henríquez Ureña, Federico de Onís, Alfonso Reyes y Arturo Torres Riosco y comprobó una caducidad casi unánime de nuestro estilista.

(4) "Escolios a una apasionada revisión de Rodó". Montevideo, 1938.

(5) "Hay un Rodó que implacablemente el tiempo va destruyendo; hay un Rodó fijado o que permanece inalterable como las figuras ya inmutables de las consignaciones universitarias, hay por fin un Rodó que va continuamente viviendo, rebaciándose, creándose a través de una energía inagotable de espíritu y de belleza. No nos interesa el Rodó que ha sido origen de tantos libros, que se destruye al mismo ritmo de las ideologías y los temas de su tiempo; tampoco nos interesa el Rodó inmóvil en la fijeza de las adoraciones oficiales o de los descuidos analíticos". Prólogo de Emilio Oribe al "Pensamiento vivo de Rodó". Buenos Aires, 1944, págs. 10 y 11.

"Desde la muerte de Rodó hasta nuestros días, el plan de los estudios filosóficos, humanistas y sociales se ha acentuado poderosamente. Ya los maestros de la generación fin de siglo nos parecen superficiales, como Renan, Carlyle, Taine, Guyau y otros, comparados

con los nuevos dioses: Hamerl, Bergson, Heidegger, Max Scheler, Hamelin y Lalandé". op. cit., pág. 18.

"Aquel ámbito, donde Rodó asomaba como una cúspide, ha sido totalmente superado por una atmósfera en donde el espíritu suramericano ha empezado a beber en las auténticas fuentes vivas del pensar creador" op. cit. p. 19.

Caen en él "las estructuras superficiales en las que se reflejan las convicciones de un siglo determinado" op. cit. págs. 13 y 14.

(6) "Debió decir como se educa el Calibán de cada uno, puesto que no es posible suprimirlo". "En cuanto a la social, no presintió del todo la importancia de lo económico, el Calibán de Europa". Alejandro C. Arias: "Ideario de Rodó" pág. 110. "Estudios Literarios y Filosóficos". Montevideo, 1941.

(7) E. Oribe, en el prólogo ya citado, págs. 31 y 21.

(8) Las expresiones comilladas pertenecen al resumen de la conferencia que Ibañez pronunció en la exposición comentada y que publicó el diario "El País".

(9) Luis Gil Salguero: "Ideario de Rodó". Montevideo, 1943 y "Notas sobre la idea de personalidad en la obra de Rodó" págs. 106 a 132 en el n° 2 de los "Anales del Ateneo". Montevideo, Junio de 1947. El prólogo al "Ideario" fué reiterado en forma de conferencia en la Exposición Rodó.

(10) Pág. 108 de las citadas "Notas".

(11) Arturo Ardao: "El idealismo filosófico de Rodó" en "Marcha", 28-12-47.

(12) Pérez Petit: "Rodó", pág. 97.

(13) Pérez Petit: op. cit. pág. 356.

(14) Oribe. "Una personalidad inconclusa en grado sumo". Prólogo citado, pág. 13.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

"Tirón al aire" y Julio Piquet por José PEREIRA RODRIGUEZ (Montevideo, 1947). Texto de una conferencia que reactualiza la figura original de Julio Piquet. Después de una rápida y precisa ubicación biográfica en la que no falta la anécdota y hasta el pleito, examina Pereira Rodríguez la obra aforística de Piquet, transcribiendo con sumo placer (se advierte) abundantes fragmentos que constituyen una excelente muestra del ingenio rápido, agudo, irónico sin crueldad, y hasta sentimental, de Julio Piquet. Con un retrato a lápiz por Enrique Larreta.

Francia (1870-1939) por D. W. BROGAN (Editorial Fondo de Cultura Económica, 1947). Brogan traza la historia política de Francia entre las dos grandes derrotas de su existencia contemporánea. No se demora en el aspecto cultural ni en el económico pero los tiene en cuenta e integra con ellos su visión política. (Por ejemplo, no habla de la obra literaria de André Gide, pero sí de su *Voyage au Congo*; no menciona *A la recherche du temps perdu*, pero en sus páginas sobre el *affaire Dreyfus* asoma el joven Marcel). La visión de Brogan es completísima y de gran penetración.